

HERIDA, PODER Y CUATERNIDAD.

UNA CONTRIBUCION A LA COMPRESION PSICODRAMATICA DE LA ESTRUCTURACION DE LA IDENTIDAD

Autor: Pablo Población

**Comunicación presentada en el VI Congreso Iberoamericano de Psicodrama.
A. Coruña 2007**

RESUMEN

Esta comunicación trata de ser una aportación a la construcción de la identidad teniendo en cuenta las escenas que se pueden describir en las primeras matrices y los roles que el niño desarrolla como reacción a los modos de relación que recibe en el seno de la familia, **entre los cuales se encuentran los roles de poder que aparecen como vías de supervivencia en estas etapas de la vida. Estos roles de poder persisten a lo largo de los años y contribuyen a crear escenas disfuncionales en la vida futura de estos sujetos.**

“Uno, ninguno y cien mil”. Esta novela de Pirandello, mas conocido por su obra de teatro “Seis personajes en busca de autor”, fue, en mi adolescencia, un impacto y una apertura hacia la comprensión de la complejidad de nuestro ser y de su entronque en un espacio existencial que se hace vida multiforme o mil formas de vida llevado, la mayoría de las veces de un modo inconsciente de la mano de tantos personajes internos que conforman nuestra identidad. Creemos ser uno y ser dueño de ese uno como el protagonista de aquella novela y, cuando nos detenemos en contemplar las simas de nuestro mundo interno descubrimos que somos cien mil. Todos sabemos por nosotros mismos y por nuestros pacientes que este descubrimiento nos desconcierta y a veces nos aterra. Nos sentimos despersonalizados y como invadidos por todo un enjambre de outsiders, de seres extragalacticos que nos han invadido sin percatarnos de ello y que manejan nuestra vida a su antojo.

Pero esta diversidad que puede llegar a agobiarnos también constituye la riqueza de cada ser humano que, de una u otra manera, puede tomar contacto e irse haciendo dueño y no esclavo de todos aquellos “invasores”. En esta comunicación lo que trato es de conocer alguno de estos personajes y sacar a la luz a dos personajitos que habían sido tratados como uno solo y resultan ser, a mi entender, como gemelos dicigóticos. **Hijos de los mismos padres, nacidos al mismo tiempo y pocas veces de acuerdo porque la mayoría de las veces entran en conflicto de intereses. A todo ello agrego el encuentro con el ropaje con que se cubren estos dos sujetos para pervivir y supervivir en su ambiente con unas herramientas de relación que se constituyen en variopintos modelos de poder.**

La construcción de Moreno del desarrollo y formación de la identidad a través de sucesivas matrices y roles es de una gran riqueza para una comprensión de este tema más allá de las posiciones lineales de otros modelos.

Diversos autores han contribuido posteriormente a enriquecer el pensamiento de Moreno en este terreno, (Menegazzo, Fonseca Filho, Bustos, entre otros). Ya hace algunos años escribí algún artículo sobre lo que, desde mi óptica, ocurre en la matriz de identidad y acerca de la dinámica de distintas patologías.

En esta ocasión voy a tratar de expresar una serie de hipótesis, deducidas empíricamente desde mi experiencia clínica que se encadenan en la comprensión del proceso de formación de la identidad del niño desde su nacimiento hasta la pubertad.

El título de mi comunicación remite a tres pasos de este proceso; **las posibles heridas en las primeras fases de la matriz de identidad, la construcción de roles defensivos que construye el niño para sobrevivir con estas heridas en sus primeras matrices, entorno familiar y escolar y que tienen que ver con mecanismos del área del poder y, en tercer lugar, los escenarios donde éstos se desarrollan: el sistema escena diádico de la relación madre – hijo y, posteriormente, el sistema escena padre – madre – hijo.**

Las heridas de la primera fase de la matriz de identidad.

En relación a esta fase J. L. Moreno escribió sobre la formación de los roles psicosomáticos, y las zonas en las que se desarrollaban de un modo determinado quizás influido, aunque él no lo admitiría, por los conceptos psicoanalíticos de las fases oral y demás.

Por otra parte, insistió en la relación madre hijo refiriéndose a la primera como la placenta social del bebé. Esta idea junto con su concepto de unicidad es para mí más rica como punto de partida que la anterior de los roles psicosomáticos. Lo que quiero decir es que, si estudiamos más a fondo esta relación, utilizando además los conceptos de aceptación, rechazo e indiferencia que maneja Moreno en otros contextos, podemos llegar a una comprensión dinámica profunda en escenas de lo que acontece en las primeras etapas de la vida del niño o, mejor, de la diada hijo madre.

Esta relación y sus variantes la planteé en mi trabajo “La escena primigenia y la relación diabólica” en el que estudié las consecuencias que podía sufrir el bebé si la relación que establecía la madre y a la que respondía el niño fuera de rechazo, de aceptación o de indiferencia.

Cuando hablo de rechazo me refiero a las múltiples formas que éste puede adquirir desde la incomodidad de la madre con el bebé hasta el maltrato más violento. Este rechazo puede encubrirse sin duda, con frecuencia con una sobreprotección o un exceso de atención y cuidados materiales. Aquí tiene su lugar lo que fue descrito por Haley como relación de doble vínculo.

Cuando hablo de indiferencia me refiero explícitamente a esta situación de falta de amor, de vacío afectivo, también con distintos grados y que también puede ser cubierta con cuidados y atenciones. Cuando hablo de aceptación me refiero a la forma más saludable de amor, como dije en otro trabajo mío, “amor del bueno”, es decir, una conjunción de ternura, respeto a la integridad del otro, deseo de crecimiento, confianza en su capacidad de desarrollo, etc, todo ello desde una posición centrífuga, de amor

hacia, en contra de lo que he denominado en algún lugar “amores perversos”, que tienen un carácter centrípeto, buscan siempre el propio beneficio y que, de una manera evidente o sutil, están integrados en las relaciones de poder.

Es evidente que nunca aparecen de un modo único uno de estos tres factores: “rechazo, indiferencia, amor”. Por lo cual lo que nos interesa es cuál de ellos predomina aunque aparezcan parcelas inevitables de los otros dos factores.

Sin duda cuando el factor predominante es el de aceptación o amor no suelen crearse conflictos relevantes que condicionen en el futuro los sentimientos, actitudes y conductas del sujeto, aunque la presencia de pequeñas parcelas de los otros componentes pueden dejar pequeñas heridas que, en circunstancias de gran impacto en la futura vida del sujeto, lo reaviven y sean cimiento de un conflicto “actual”.

Cuando los factores predominantes son el rechazo o la indiferencia se crea un sistema de realimentación entre madre e hijo, en esa relación de unicidad, en la cual el niño recibe el impacto de uno de los dos factores y se establece una relación mutua patógena. Para más claridad voy a describirlo con más detenimiento en el caso de uno de estos dos factores, por ejemplo la agresividad o rechazo.

Cuando la madre rechaza al hijo, esto marca una impronta a nivel de memoria orgánica en el bebé. Este rechazo no solo queda como la herida de ser agredido, de no ser aceptado, sino también como una posición vincular básica de rechazo al otro, y también, de rechazo a sí mismo. Pues en este magma indiferenciado madre – hijo, todos los sentimientos y actitudes profundos actúan en ambos sentidos tanto relacional como intrapsíquico.

Entonces, estos hechos que acaecen en estas edades y dan forma a lo que denomino la escena primigenia, es decir la primera escena engendrada en la vida, marcan y condicionan de un modo muy poderoso la vida futura del sujeto.

Utilizo la expresión diabólica como antónimo de simbólica (simbólico es lo que une diabólico lo que separa de ahí la denominación de Satanás como el Diablo, el separador). Esta escena sucede como una nueva fase a la escena primigenia y es el resultado de la separación que se va estableciendo entre madre e hijo por efecto de la maduración psicobiológica.

Si el factor predominante en la escena anterior ha sido la aceptación esta separación transcurre sin conflicto, incluso fundamenta una construcción sana de la identidad. Si, por el contrario, predomina por ejemplo, el rechazo, la agresividad que ya existía por la falta de un encuentro amoroso adecuado y por la vivencia agresiva de rechazo, se incrementa notablemente por esta nueva separación. Con independencia de la clara influencia en el sujeto adulto de esta herida que, simultáneamente, indica la presencia profunda de una agresividad a veces incontrolable. Por nombrar aquí solamente uno de estos fenómenos es en el que yo denomino falso conflicto edípico, en el cual el niño de tres a cinco años y posteriores rechaza agresivamente al padre pero no por efecto del fenómeno triangular descrito como Conflicto Edípico y ampliado en una concepción más compleja y moderna por J.L Moreno y por el Modelo Sistémico, sino como consecuencia de un desplazamiento hacia el padre de la agresividad que el niño siente

hacia la madre, con lo cual salvaguarda una relación que precisa de modo más primario aunque sea a nivel pseudomutual.

Los efectos de las escenas primigenias producto de una situación predominante de rechazo o indiferencia son lo que denomino heridas primarias (Cukier) y que pueden ser expresadas como roles adquiridos en esta temprana edad: rol de agresividad y rol de vacío. Ambos soportando un componente común de sentimientos de falta de amor, de vacío, de desolación.

El tremendo dolor que soporta el niño rechazado o tratado con indiferencia precisa la construcción de una estructura que le permita la supervivencia en la pervivencia de la situación familiar ya que el rechazo o la indiferencia no se terminan al final de la matriz de identidad. Así nace de modo inconsciente, en parte consciente, una estructura defensiva que se constituye como un nuevo rol para la relación dentro del ámbito familiar. Desde este rol intenta y habitualmente puede ser aceptado y, aun más allá, manipular a su entorno. Esto comienza hacia los dos o tres años y se consolida progresivamente. Es curioso, que en la investigación del pasado de estos sujetos cuando son adultos suelen remitirse a los seis siete años como edad en la que apareció esta estructura.

Acabo de decir que desde estos roles pueden manejar hasta cierto punto a los miembros de su entorno para obtener beneficios de cuidado, atención, valoración, aceptación etc. Son por tanto mecanismos de poder, se trata de roles de poder. Son roles muy variados como el del niño listo, el estudioso, el perfeccionista, el rebelde, el gracioso, el bueno, el serio, el histriónico, etc.

Hasta ahora nos encontramos con la dinámica de la gestación de una u otra herida con sus correspondientes roles construidos desde sentimientos de tristeza, desolación, miedo, etc y la construcción de roles de supervivencia que cubren como un caparazón a los anteriores, evitan ser más profundamente heridos y sirven para relacionarse de un modo poderoso con el entorno.

A esta altura quiero introducir un nuevo factor en este camino que sigo de revisión de la construcción de la identidad. **Se trata de la contemplación de la familia primordial: madre, padre e hijo, no como un hecho ternario sino como un hecho cuaternario.** Quiero recordar que en muchos modelos psicológicos, mitológicos la cuaternidad supera y cubre a la idea de lo ternario. Yo creo personalmente y así lo he desarrollado en varias ocasiones que es demasiado elemental hablar del triángulo madre, padre e hijo ya que, en realidad, **la estructura es de madre, padre, hijo de la madre e hijo del padre, considerando estos dos últimos roles como correspondientes al mismo sujeto.**

Como podemos apreciar en el grafo se establece un entrecruzamiento de relaciones entre los cuatro roles de esta escena interna (recuerdo que cuando hablo de escenas internas estoy hablando de un constructo útil para la comprensión de determinados fenómenos, no como escenas conservadas como tales en el cerebro).

Aparecen relaciones entre los roles internos de padre – madre, madre – hijo de la madre, madre- hijo del padre, padre – hijo del padre, padre – hijo de la madre e hijo del padre – hijo de la madre.

La aceptación de este esquema de relaciones entre los roles internos y de la totalidad de la escena constituida por el conjunto de todos ellos, implica distintas posibilidades de modo de relación con personas del exterior, pero también de relaciones intrapsíquicas. El sujeto, en el futuro, puede relacionarse con los sujetos de su entorno desde cualquiera de aquellos roles internos, dependiendo la puesta en juego de uno u otro de estos roles, del estímulo que provoca el rol de la otra persona. Pero también puede ocurrir, y esto es una fuente muy frecuente de conflicto, que reaccionen simultáneamente y / o alternativamente desde dos o más de estos roles. A nivel intrapsíquico es muy fácil que aparezcan conflictos entre los roles internos a veces tan diferentes como el rol de hijo del padre y el rol de hijo de la madre. Contemplando el esquema del grafo puede aumentarse el número de posibilidades y la complejidad a la que puede dar lugar este esquema de la cuaternidad.

Si además aceptamos y, en mi construcción de hipótesis así es, que ambos roles de hijo han podido llegar a constituirse en roles de poder, podemos dibujar el establecimiento de un falso yo que ocupa la mayoría de los espacios relacionales del sujeto que vive esta construcción como su verdadera identidad aunque a veces capte vislumbres del verdadero yo que subyace y que le lleva a demandar: “yo quiero llegar a ser yo mismo”.

En los párrafos anteriores he intentado desarrollar, **desde mi hipótesis, una construcción de la identidad del sujeto centrada en la construcción de una falsa identidad o falso yo que se apoye en los roles de poder y que, en conjunto, aparece como la estructura de poder que llamo luciferina** en mi último libro. Creo que es preciso aceptar que la mayoría de nosotros compartimos, en mayor o menor grado, estas construcciones que aparecen como cimiento de la mayoría de las dificultades de relación con el entorno y de falta de espontaneidad y, por lo tanto, de salud emocional.